

BARALT, RAFAEL MARÍA (1819-1860)

POESÍAS DE TEMA PATRIÓTICO

INDICE:

SONETOS

I

A Simón Bolívar

II

A Simón Bolívar
Variante

III

A la batalla de Ayacucho
A Cristóbal Colón
A Cristóbal Colón
A España

ODA

A Isabel II

ODA

ODA

A Su Majestad doña Isabel II, con motivo de su fausto enlace con el Serenísimo
Señor Infante don Francisco de Asís María

A. S. M. la reina doña Isabel II

Haciendo votos por su feliz alumbramiento

ODA

SONETO

Al nacimiento de la Princesa de Asturias

SONETO.

A. S. M. la reina doña Isabel II

Con ocasión de su nueva salida al Templo de Atocha, ya restablecida su
importante salud

A. S. M. la reina doña Isabel II

Con ocasión del monumento que ha dispuesto se erija a expensas de su Real
Patrimonio en honor de la memoria de su funto tutor don Agustín Argüelles

ODA

A la isla de Cuba

Con motivo del huracán de 11 de octubre de 1846. Dedicada a don Manuel Cañete

SONETOS

I

A Simón Bolívar

Él fue quien fulminando el hierro insano
recorrió de Colón el ancho mundo,
dejando en pos de sí surco profundo,
de gloria y triunfos su potente mano.

Truena su voz del uno al otro océano
y libertad en manantial fecundo
brotó la tierra que secó iracundo
el hado injusto del valiente hispano.

Cinco naciones, que formó su espada,
sacra aureola de perpetua lumbre
a la radiante frente le ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

II

A Simón Bolívar

(Variante)

Fiero en la lid y en la victoria humano
fuiste, ¡oh Bolívar!, salvador de un mundo,
nuevo Colón, cuando del mar profundo
de servidumbre le sacó la mano.

Clavado al asta el pabellón, en vano
tormenta y rayos contra ti iracundo
lanzó un tirano en la maldad fecundo:
lo quiso el cielo y sucumbió el tirano.

Y las naciones que fundó tu espada
sacra aureola de perpetua lumbre
a la frente radiosa te ciñeron.

Y al ver la antigua afrenta ya vengada,
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los incas sonrieron.

III

A la batalla de Ayacucho

¡Mudo el cañón; del campo fratricida
el suelo en sangre tinto; la bandera
que triunfadora el orbe recorriera,
por española menos abatida!...

¡Oh Pizarro! ¡Oh dolor! Si aquí blandida
tu centellante espada reluciera,
del mundo de Colón señora fuera,
no de mis propios hijos, ¡ay!, vencida.

Así, sobre los Andes, real matrona,
el manto desprendido, adusto el ceño,
con llanto de furor su mal pregona.

Y al ver un mundo en manos de otro dueño,
a la vencida tropa, por desdoro,
lanza en pedazos mil el centro de oro.

A CRISTÓBAL COLÓN

¿Quién la fiereza insulta a mis olas?
¿Quién del rumbo apartado y de la orilla,
entre cielos y abismos hunde la quilla
de tristes naves, náufragas y solas?

Las banderas triunfantes que enarbolas,
en la mojada arena con mancilla
miedo al mundo serán, no maravilla
y el casco de tus naves españolas.

Rujiendo el mar clamó; pero sonora
¡Colón! dijo una voz, y al fuerte acento
inclina la cerviz, besa la proa.

Cruje el timón, la lona se hincha al viento
y, Dios guiando, el nauta sin segundo
a los pies de Isabel arroja un mundo.

A CRISTOBAL COLON

*Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.*
—(Séneca; *Medea*.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Do se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La proa inclina a donde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que a la costa guía
¿No ves cómo a deshora
Del Norte amigo y firme se desvía
Y a Dios y a la ventura el leño fía?

Y el piélagos elevado
¿No ves al Ecuador, y cual parece
Oponerse irritado

A la ardua empresa, y cuál su furia crece
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay!, que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente;
¡Ay!, que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje y restalla y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño;

Y cual su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver a España.

¡Ay triste, que arrastrado
De pérfida esperanza al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano a Mangí ardiente;
Ni de las hondas guas de Océano
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto.

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón clava la antena!;
¡Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

¡Y aunque fiero, atronado,

Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
Con furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria a Dios y a España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria.

En la tostada arena
Te vio, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada a tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz ve aquí la guerra;
Cual divina visión allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino
Entre cien mares que a sus pies quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebatata
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata
Y en el seno de Atlanta se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva a Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélagos sonante
Abrirá sus abismos; sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego.

Y del mar el bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.

«Piloto sin ventura» ¿a qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Más ¿qué a tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
Levanta el pensamiento,
¡Elegido de Dios! ¡Hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó a Tesalia en áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierte ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón!, exclama y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh rey de Lusitania!, los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tus iguales,

El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales,
¿Un mundo no ofreció y excelsa suerte
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni a Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual a ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano,
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando!, ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vio en Granada?

Dilo tú que en el templo
Vagas inulta en medio a los despojos,
¡Oh sombra de alto ejemplo
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro y por corona abrojos!

Mas no a la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni a Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que a ti fue abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y uniré su alta gloria
A tu gloria la tierra gradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara.
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero,
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

Ay de ellas, las comarcas,
Viejas en el delito y la mentira,
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón!, el mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo a polo
Resuena el canto, extiende tu renombre
Por los cielos Apolo
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

A ESPAÑA

Oda

¿Y piensas que, volviendo a lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?...
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente
Al antiguo verdor nunca renace:
La que vencida fue, vencida yace;

Y el cetro soberano
O de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso a su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
A la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,
De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria

De la alígera fama en la trompeta;
pero en vano el poeta
tender quiso las alas en su vuelo
hasta el remoto cielo
donde tu nombre en los espacios gira,
y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
O la gran maravilla
Ensalza de Lepanto.
El cantor sin rivales en Castilla,
Inferior a tus glorias en su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,

Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticas seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre Reina vencida!
Que remedar pudiera de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces, ay, cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medio a los querubes,
Ceñida de luceros a la alta frente,
Para que nunca su belleza osara,
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.

El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino
Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vio que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura
Y, así nació poeta, fue soldado.

Que en la edad de tus héroes gloriosos
Combatir fue cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero entonces al nacer tus hijos
Armados con el yelmo y la corona,
Cual Minerva de Júpiter, salían;
Entonces, con prolijos
Afanos generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios fabulosos
Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo de las olas,
O con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo
Sobre el ferrado escudo

Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandona y soledad presente
En vano de Gonzalos y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes.
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos los cubría?
¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni el fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
Cuelga al templo marchitos tus laureles,
Degenerada estirpe de Castilla.»

«Depositaria infiel, ¿qué fue del mundo
Que nuestro brazo sometió a tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz, largo camino,
Arrostrando de Báratro profundo
Argonautas triunfantes los furoros,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores
Sus áureas venas colocando fieros
Bajo la égida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?»

«¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchuroso ríos,
Por qué elevados montes
Que dieron culto a los iberos lares,
Cual a sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?»

«El indo mar remoto;

Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confín estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El istmo ora separa americano,
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto
A tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.»

«Los que con rica vena
Reyes de ríos a la Europa bañan,
No por sus anchas puentes
Dan paso a tus legiones;
Ni sus claras corrientes
De domadas naciones,
Uncidas con la espada a tu cadena,
Con roja sangre empañan.

El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh dolor!, de lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país al tuyo hermano
Hizo de un Alba la invencible mano.»

¡Orgullosa monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,
Amazonas potente, que a los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuando fuiste de olvido a las Españas:
Lejos corred del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo.

«Álzate, y osa, España,

Emancipadas hijas de Pelayo.»
En torno a ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra
Mira si en el cenit al sol empaña
De polvo densa nube,
Cuando los montes empinados sube
Y al valle, cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone a su valor el mundo.»

¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso;
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima a la batalla
Y vibra en los espacios lastimero?
¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?»

«¡Oh madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no existe
Mudo testigo a presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.
Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.

Negra mancha a tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.»

«¡Ay!, no sirvió que dueños de la tierra,

Cual reyes del espacio, tus pendones
Llevaron, como el sol sin Occidente,
Do quier a cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror a tus legiones.

Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro
Rompieron con desdoro;
Tu fulgente diadema
Objeto fue de su ambición suprema;
Y en girones partido el manto regio
Sirvió a bandidos para echar las suertes
Con que, a ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregio
Con irritantes burlas mancillaron.»

«¡Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh, mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura;
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya a la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron
Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno
Cadente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron

De tal altura ¡oh madre!, has descendido
A tal abismo, a tan profunda cima,
Que a Luzbel maldecido

En la gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas,
¿Qué mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?

En otros tiempos, impotente el arte
Ni a tus aladas plumas,
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas
Dio que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta solo
Mi rudo verso que desdeña Apolo
Tus males a llorar y tu honda pena
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo
Y al descender al valle y la campaña
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.

Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso
El pastor imprudente,
Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

A ISABEL II

Oda

*Allí verás cuan poco mal ha hecho
la muerte, en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho.
—(Garcilaso-Elegía ^a.)*

*Ai generosi
giusta di glorie dispensiera è morte.*

–(Ugo Fóscolo.)

Y llega un día en que el civil tumulto,
de sí mismo cansado,
impío Caín convulso se adormece
en sangre fraternal torpe bañado;
y de Dios maldecido se reclina
en el materno seno profanado
de la patria en ruina.

Y libre entonces de cobarde insulto,
sobre los nombres que la envidia crece
y de luces fantásticas circunda
yérguese el justo, y brilla, y resplandece;
cual de reptiles sobre tropa inmunda
el águila se mece,
los vientos despreciando y las centellas,
y en vuelo arrebatado
sube al círculo azul de las estrellas

¡Silencio! Los bramidos
de ronca tempestad no llevan sustos
al acuitado corazón. Augustos
nombres de paz y de concordia unidos
pronuncia ya el hermano,
de su enemigo al estrechar la mano.

Falsos tributos de engañosas iras
en las revueltas ondas populares
no tremolan sus rojos pabellones:
piratas de los mares;
Judas de los monarcas y naciones.
¡Silencio! En sus altares
los ídolos de barro se estremecen;
dioses ayer, en las voraces piras
de la liviana plebe ora perecen.

¿Qué voz sonora por los aires gira
de aplausos al estruendo,
«reparación», «resurrección», pidiendo?
Es clamor de la historia:
es canto de la lira:
es la voz de la patria, y su victoria.

¡Numen de la justicia omnipotente!
esa es tu voz de triple acento armada:

voz de Dios y su espada
que túnica de vida refulgente
a Lázaro reviste;
o a la esposa de Loth, que le resiste,
en su furor divino
deja inmóvil por siempre en el camino.

De esa voz redentora
que el cielo afirma, y que a silencio mudo
reducir jamás pudo
grandeza, ni poder, ni trono erguido,
ni magia del error fascinadora,
intérprete sublime ¡Oh Reina! has sido,
cuando en honor del que meció tu cuna
en la adversa fortuna,
y a tu doble orfandad sirvió de escudo
elevas hoy sobre inmortal cimiento,
por su gloria y tu gloria, un monumento.

Por su gloria y tu gloria;
que si regia corona tu hermosura
realza, ¡Oh Reina!, la inmortal historia
otra que siempre dura,
como a rey de virtud ciñe a su frente.
Y si de santa gratitud movida
en mármoles y bronces su memoria
grabas con letras de oro,
a su memoria para siempre unida
tu memoria feliz de gente en gente
llevará diligente
la egregia fama en su clarín sonoro.

Y cuando el tiempo cano
en giro eterno pueblos y ciudades,
y altos reyes e imperios
al tocar con sus alas desvanezca;
y en remotas edades,
sin cortejo triunfal ni incienso vano,
tu nombre ante los siglos comparezca,
¡dichosa tú!, que su corona el justo
mayor de los hesperios
colocará sobre tu nombre augusto,
pagándote colmado ¡oh gran Señora!
el honor que a su fama das ahora.

¿No ves ya cual dilata

al aire níveas plumas
el genio de la gloria refulgente...
con ímpetu sonoro,
sin temor a los rayos ni a las brumas,
suelto el cabello en la radiosa frente,
el manto desceñido;
y como al son de su trompeta de oro
los ánimos absortos arrebató;
las aves en el nido
suspenden su concierto;
y enmudece la mar, la tierra, el viento?

La paz anuncia; y señalando ufano
el túmulo sagrado que levanta
tu gloriosa piedad en fausto día,
signo le llama que de amor envía
por tu graciosa mano
el Hacedor clemente,
a la que asaz la desunión quebranta
y el rencor de la lucha, íbera gente.

«Y basta, basta, dice,
de lágrimas y horrores, bella España:
más alto y mejor triunfo te predice
tu indomable valor entre los hombres
que de civil contienda odiosa hazaña.
De bandos fratricidas triste nombres
no más repitan ecos de tu tierra:
del anglo Calpe hasta el francés Pirene,
y desde el áureo Tajo lusitano,
que al mar llevó tu sangre en turbias ondas
hasta el seno cerúleo gaditano,
plegando su pendón calle la guerra;
y otro nombre no suene,
ni a más nombre dulcísimo respondas
que al repetido por doquier de ¡hermano!

«En ese monumento
que a tu glorioso Arístides eleva
la filial virtud de reina pía,
triple aureola sacrosanta esplende,
émula en su fulgor del claro día,
que hasta el cielo trasciende
y de uno al otro polo blanda lleva,
por mis alas movido, el raudo viento.
Aureola divina es del anciano

que de virtud la oliva triunfadora
supo alcanzar con indomable aliento
en combates sin cuento.
Es fúlgida diadema al Soberano
que la excelsa virtud del justo aclama
en pompa del olvido vengadora,
y es, oh pueblo, tu llama
que en los altivos corazones prende,
con que animados al combate duro
de la gloria el pendón llevan al muro:»

«¡España! es de tus hijos,
cuantos criaste al pecho generoso,
esta fama, esta luz, esta victoria
que uno tan solo al parecer alcanza.
El sangriento sudor; los congojosos
cuidados; los prolijos
afanes y el terror, de todos fueron
cuando por santa libertad lidiaron;
cuando por santa libertad vencieron;
y cuando trono y libertad fundaron.
De todos es, de todos es la gloria
como la pugna fue. Dulce esperanza
de dulce paz en sus ánimos alientes:
Arca de firme alianza
el cenotafio sea;
y el mundo absorto con aplauso vea
en el laurel que la imperial matrona
ciñe a un solo en la radiosa frente,
de todos, pueblo y trono, la corona.»

Dice, y rasga la esfera,
y a lo más alto del dorado cielo,
Unión y paz clamando,
sigue con alas de oro el raudo vuelo.
Su voz doquier sonando,
Unión y paz repite, y desaparece
luego del sol en la inflamada hoguera.
Precipita su curso perezoso
el viejo Manzanares,
y de santo respecto se estremece
al escuchar la célica armonía,
Unión y paz cantando en su alegría,
Unión y paz de su cristal undoso
la ninfa en la ribera,
y los brutos repiten, y las aves,

en cánticos süaves.

Convierte tu mirada, ¡Oh Reina bella!,
al tñmulo sagrado
del insigne varñn egregio templo,
do a su nombre enlazado
el tuyo a reyes servirá de ejemplo.
He allí a sus pies el pueblo redimido
que libre, y fuerte, y triunfador predica
del sol de su grandeza en ti la aurora;
como en el mar perdido
ve el náufrago infelice,
rotos los fieros nublos clara estrella
señal de la bonanza salvadora.
Y del ínclito Astur a los hermanos
en armas y valor, verás que fieles
con temblorosas manos
riegan sobre la tumba sus laureles.
*Generación que rica en prez se aleja,
y en la orfandad de su virtud nos deja.*

¡Oh joven coronada! los leones,
rota ya su cadena,
al sacudir altivos su melena
librarán de vil polvo tus talones,
Ora feroces rugen, ora mudos
con sangrienta pupila del espanto
fieles al trono le serán escudos
contra infames traiciones.
Cubiertos con tu manto
y en sus garras el cetro diamantino,
por su instinto seguro al fin te guía;
Y en no lejano día
a la gloria inmortal te harán camino.

Oda

A Su Majestad doña Isabel II, con motivo de su fausto enlace con el Serenísimó Señor
Infante don Francisco de Asís María

¿Qué nueva llama de entusiasmo, ardiente,
hervorosa, divina,
cual la que matutina
de grana y oro asoma en el Oriente,
de colores y luz llenando el cielo,

a raudales copiosos rota el suelo
de la mísera España,
presagio a nueva gloria, a nueva hazaña?

¿Llama el clarín sonoro a lid sangrienta
la gran nación que prefirió sublime,
al bien que ofrece la amistad dudosa
el mal glorioso que el honor redime;
y del pérfido curso inicua afrenta
supo vengar un día;
ceñir victoriosa
a su guerrera sien lauro y coronas;
y llevar su gran nombre sin segundo
por cuanto abarca el mundo
del mar ignoto a las indianas zonas?

¿O del seno profundo,
en justa indignación la sangre hirviendo,
grito que al orbe aterra
lanza agudo y tremendo
las mortíferas armas requiriendo;
y en sus robustos brazos guarda y cierra
el trono de cien reyes
para la prole augusta de Fernando,
ejemplo al mundo y a los siglos dando
de santo amor al trono y a las leyes?

No, que de la extranjera
y fratricida guerra los furores
en dulce abrazo y fraternal alianza
hanse trocado ya sus albas flores,
símbolos de ventura y de esperanza,
la pacífica oliva al aire lanza
en el mismo que hiciera
la procaz ambición suelo de espanto;
y cólera infernal al hombre diera.

Ya fatídico estruendo,
furores provocando el par que lloro
y en humo y llamas la galana pompa
convirtiendo de campos frutecidos,
no despide el cañón, ni de la trompa
los clamorosos bélicos sonidos,
en alas de la muerte el aire hendiendo,
acallan de las aves el sonoro
cántico matinal. Ni en la cruenta

lid de piedad exenta,
cuando del bronce comprimido estalla
el ígneo rayo, o del bruñido acero
agita con ira aciaga lumbre
se desprende, fortísima muralla
del inflamado ariete y de la mina
cede, el embate, y lúgubre ruido
hace el caer entre el estrago fiero,
ni el cielo, el llanto y la fragosa cumbre
cubriendo de humo y polvo, en su ruina
al vencedor sepulta y al vencido.

Si la batalla no, si no al decoro
del sacro nombre de la patria hispana
¿qué deidad soberana
al alma de fervor puro y sublime
cambiando ya en alegre el triste lloro?

Yo miro a los ancianos
de temblorosa voz y frente ajada,
la lumbre ya apagada
de los cansados ojos y las manos
con nuevo brío levantar al cielo,
de súplica ferviente
de generoso anhelo,
de gozo y de esperanza
con aquél ademán que el bien pedido
de la suma Bondad el hombre alcanza.

Y a la madre solícita contemplo
que del pecho pendiente
lleva su dulce carga, a ti ofrecerla
en don propiciatorio (Numen Santo),
pronunciando al oído
del ángel de su amor adormecido,
el nombre que al labio el corazón envía
con inefable encanto,
cual de arpa eolia célica armonía.

Y ese nombre querido
las puras auras con amor rompiendo,
por los espacios cóncavos resuenan
voz que los aires llena
en la gran voz del pueblo repetido;
de varonil acento en la armonía;
voz que en ondas sonantes se sucede

y con su fuerza puede
el ímpetu calmar y el ronco estruendo
de la que ciega embiste
las corvas playas, espumosa impía,
hinchada mar bravía;
y al llevar animosa el alto vuelo
al estrellado cielo
en donde el Ángel del Señor asiste.

En tu nombre, Isabel, tu nombre puro
al caro nombre de tu esposo unido
en feliz himeneo;
tu nombre, que resuena al estampido
del nacional clamor, y en fuerte muro
de generosos pechos españoles
el cincel del amor graba seguro.
¡Oh cuanta dicha el popular deseo,
por Dios cumplido, en el girar futuro
de los tiempos anuncia!

Ábrese el labio que Isabel pronuncia,
y en la terrible diestra del Tonante
el rayo se detiene fulminante
que asaz vibró contra la madre España;
y su constante saña
de la clemencia al aura se evapora;
Manzanares no llora,
sobre áureas urnas cada día
son sangre hermana al empapar la arena;
del Pirineo hasta Calpe no resuena
horrísono estridor de guerra impía;
y cercada de luz, entre arreboles,
por diadema los soles,
otra reina cual tú, fúlgida y bella,
de tu carro nupcial sigue la huella.
Es la que al eco de tu voz descende
de la sublime esfera ¡paz divina!
y sobre ti se inclina,
y sobre Hesperia al fin de las alas tienda.

¡Numen del canto, a cuyo acento solo
dado es narrar la gloria
y llevar a los siglos la memoria
de la virtud incorruptible y fuerte,
triunfante del olvido y de la muerte!
Humilde alumno del crinado Apolo;

en suelo extraño errante peregrino
a merced del destino,
mi ronca lira a celebrar no alcanza
de tan precioso bien dulce esperanza.
Que allá donde las proras
del osado Colón el mar rompieron,
del tiempo y de los hombres vencedores,
y leyes, culto, hazañas esparcieron
sobre la tierra virgen, fue mi cuna.
Y no al rumor süave
de los trinos de un ave
me vi vencido, cuanto tibia luna
el mundo baña y con luz consuela;
sino de tigres al feroz rugido
por montes y por valles repetidos,
que de pasmo y terror el alma hiela.

Lleva, Musa, a Isabel sencillo canto
sin plectro de marfil ni sacra veste,
y besa honrada donde pisa el suelo
rústica Ninfa, en homenaje santo:
como los montes de mi patria agreste;
como los trigos de mi patria ruda;
dulce y serena cual mi patria cielo:
al oro sorda, a la lisonja muda.

Y mientras que de cisnes acordado
himno sublime en su loor entona
hispano vate en verso numeroso,
del apolíneo coro celebrado,
lleva a sus pies americanas flores;
y en nombre de otro imperio y de otro mundo,
a su resplandeciente áurea corona
con respecto profundo
ofrece en poder ofrenda sus loores.

Por cuanto abarca un curso dilatado,
del Ande poderoso el alta cima
¡Isabel! te saludo
y al que tu amor sublima
príncipe afortunado,
al tálamo y al trono.
El de Castilla
en larga sucesión de alegres años
ocupes sin mancilla,
y sírvanle de escudo

contra el protetavo dolor y sus engaños
En tu alcázar contigo,
tu excelso corazón y tu alma pura.
de justicia y clemencia el numen bello
asista siempre amigo:
de Dios imagen y de luz destello.

Así calmarse el ímpetu violento
verás de las pasiones,
y la cerviz domada
de plebe amotinada
inclinarse sumisa, y a tu acento
en las garras temblar de tus lecciones.
Así, de aquella hermosa
grande Isabel, a cuya mano fuerte
el cetro conceder de entrambos mundos,
en premio a su virtud, el cielo quiso,
a merecida venturosa suerte
eclipsares famosa.
No ya que a ti sumiso
el orbe por la espada, sus profundos
surcos la guerra por doquier imprima,
lutos sembrando que con sangre riega;
Ni que tu ebúrnea mano
empuñe el rayo que deslumbra y ciega,
airada derramando, en vez de flores,
llamas al suelo, al corazón furores.
No: sin que de la paz tu imperio justo
de zona en zona es estandarte hispano
llevará bendecido:
cual antes acatado, ora querido;
y de tu labio augusto
saliendo al fin la voz que en Occidente
rompa inicua cadena,
restañará la casi exhausta vena
que en tráficos de esclavos imprudente
el África derrama,
y a Dios insulta y la razón infama.

Así verás que en perdurable alianza
las gracias puras, la virtud sencilla,
el amor, el placer, la paz, la gloria,
a tu lado estarán y la esperanza:
Así tu prole vivirá empañando
en larga edad el cetro diamantino.
Así la clara historia,

a las riberas plácidas que inunda
del reino de la Aurora al Apenino;
de los antros del Bóreas inclemente
soberbio el Orinoco rebramando
del mar salado a la remota orilla,
en la marmórea plancha reluciente
de sus anales, tu feliz memoria
entallarán profunda,
y salvarán triunfante
tu dulce nombre la región de olvido;
que rompidas del tiempo duras leyes,
y en todo clima y lengua repetido,
de una o otra edad, será constante
a déspotas lección, ejemplo a reyes.

A. S. M. la reina doña Isabel II

(Haciendo votos por su feliz alumbramiento)

Oda

Si en el futuro
girar del tiempo investigar es dado
«cuántas debe gozar la patria un día
mercedes altas de la eterna,
si, ya depuesto el que vibro indignado
rayo fulminador, de su inefable
suma bondad el don primero es este».
—(Moratín.)

¿Las olas de tus iras en sosiego
están, Señor: y tu invencible diestra,
del rayo desarmada, en dulce fuego
ardiendo se nos muestra,
y a la patria por fin vuelves los ojos?
¿Cesaron tus enojos?

¿tan colmado perdón, tanta ventura
le prometes, altísima y segura,
que en regia prole hermosa
de una y otra Isabel, la imagen bella
gozosa, mire, y repetida en ella
el alma generosa
de su madre, y el alma sin mancha
de la máxima Reina de Castilla?

¡O tus grandes prodigios renovando
a otro inmortal Fernando
en larga edad, por tu favor divino,
el áureo cetro en próspero destino
verá Hesperia empuñando;
y atónita la tierra,
al santo derramar desde la cumbre
del trono, en blanda paz o justa guerra,
astro de reyes, su opulenta lumbre?

¡Quiéraslo tú, Señor, y la esperanza
en ellas conducida
de ferviente oración, a ti trascienda,
inspirada por ti, por ti cumplida!
No más con voz tremenda
proclame tu justicia y tu venganza
otra dulce esperanza en flor perdida.
Un ángel fue; mas, oh fugaz consuelo,
nació, ni llorar pudo, y tornó al cielo.
La cuna de marfil y oro vacía
mostró la esposa al aterrado esposo;
la que en afán prolijo
de mil madres y mil es fuerte amparo,
al golpe de la muerte sin reparo
vio doblegarse al hijo;
y el llanto acerbo que por él vertía,
gota a gota piadoso
el corazón del pueblo recogía.

¡Señor! presta el oído
de la madre y la reina al hondo ruego,
que se enciende en el fuego
de pasión sacrosanta,
y del humilde corazón herido
temblando se levanta;
y en nombre de su amor; por la querida
flor que a su pecho arrebatada, crece
mejorada en tu seno, y resplandece
de luz cercada en perdurable vida,
haz que en el verde tallo su hermosura,
gala del campo y de la tierra orgullo,
ostente nueva flor, lozana y pura,
del aura leve al cariñoso arrullo.

Y cual baja sereno

lampo vivaz de la naciente estrella
que en los espacios cándida fulgura,
así al grávido seno
baje plácida y bella
de espíritu divino una centella;
y su santo calor nutra robusto,
limpio de mancha impura,
bendecido por ti, linaje augusto;
magno linaje que en edad futura
de la corona, que en la sien fatiga,
el grave peso con honor sustente;
sacra aureola de virtud fulgente,
y la que al mando su rigor mitiga,
con eterno blasón ciña a su frente.

Por ella protegido,
nada puede en su daño embate duro
del vicio audaz, que cual bacante loca
el tirso, reblandiendo, enfurecido,
los negros monstruos del abismo evoca.
El egregio varón, en fuerte muro
del égida cubierto se levanta,
combate, y vence, y su victoria canta.

Y canta ¡oh Dios potente! tu alta gloria,
tu inefable valor, y tu grandeza;
que al mar de las pasiones eres valla;
del corazón humilde, fortaleza;
y del justo que pugna, en la batalla
el brazo y la victoria.
Por ti, cual monte que Aquilón embiste
si con impío furor rugiendo estalla,
cuanto más sacudido más resiste.

Por ti la generosa
prole que a España tu bondad envía
como signo de paz y de alegría
tras borrasca espantosa,
depuesto el oído y su feral encono
piedad y amor asentará en el trono;
que no perpetuo dura
tus iras provocando
de la maldad triunfante el rudo imperio;
ni ama fuerte león el cautiverio
baldón de su bravura;
sus miembros doloridos esforzando

brama tal vez, se libra y la melena
soberbio agita en la tostada arena.

La hidrónica codicia,
llantos y sangre trasmutando en oro,
con la opresa verdad no hará tesoro
ni más, de lazo vil o hierro armada,
vendiendo la justicia;
la implacable ambición será adorada.

Ceñida de terror y odio inclemente,
la guejeja de sierpes erizada,
lívido el rostro, ardiente la mirada,
entre humo y llama con horrible estruendo
no irá sus negras hachas sacudiendo
la discordia furente;
ni ya, de horror provista,
con fatídico son trompa guerrera
convocará la hueste a la bandera
para infanda conquista:
ni en apartada zona
sobre el sangriento campo de Belona
muerte ignorada encontrará el ibero:
ni ya en incultas playas insepulto
su cuerpo yacerá, blanco al insulto
de buitres vil o de salvaje fiero.

¡Oh, cuán humilde nuestra España ahora!
¡No como un tiempo fuera
cuando al aire flotaba su bandera
de los orbes señora!
¿De qué sirvió la colosal pujanza;
la clara historia; del vencido mundo
la unánime alabanza;
ni que con pasmo y con terror profundo,
doquier le oyera pronunciar el hombre,
culto rindiese a su temido nombre?

Solo vana memoria
conservan de su orgullo las naciones;
sombra el temido honor de sus legiones,
sombra y polvo es su gloria.
Los lauros, en su frente ya marchitos,
torpe ludibrio a sus rivales fueron;
y en pago a sus delitos,
gravando su cerviz menguados vieron

por siglos de opresión sus ciudadanos,
furores de tiranos,
injusticias de pueblos o de reyes,
violada la razón, rotas las leyes
por frenéticas manos,
crímenes propios, ambición ajena,
mentira, oprobio, y bárbara cadena.

Si solo el bien subsiste,
de tu esencia, Señor, vivo destello,
inmortal como tú, sagrado y bello
al hijo de Isabel pródigo asiste
en la senda del bien; que si otra al solio
de venal o sangriento capitolio,
ídolo del temor, lleva al tirano
horror del mundo y de impiedad ejemplo;
ídolo del amor, ella a Trajano
lleva seguro de la fama al templo.

Y en tanto que la lira,
la blanda voz, y el verso armonioso
previene al vate de su natal dichoso;
y por los aires gira
y al cielo llega el son dulce acordado,
por el aplauso universal llevado,
en acto de homenaje reverente
venga a los pies del trono alegre España,
desde las costas que Neptuno baña
a levante y poniente,
y desde el lindo mar a Lusitania,
hasta las linfas en que el franco mora
y las que altivo el anglo al sur desdora.

Venga, y los fuertes brazos
de sus valientes hijos den escudo
al renuevo y al trono; que tal nudo
jamás harán pedazos
tumulto popular, ni fiero alarde
de fuerza impía, ni traición cobarde.
Acuda diligente, y los rencores
fratricidas acaben; suerte avara
no más estorbe que la sacra oliva
del suelo hispano entre las gayas flores
al verde lauro entrelazada viva.
Sumisa venga, y de concordia el ara
el trono augusto sea,

y el áureo siglo de Saturno vea
que ricos frutos de la paz sazona
que en mies opima de virtud, fecunda
a la alma tierra sin cesar corona,
y en más tesoros su regazo inunda,
que luz y aromas en festivo mayo
brotan del sol al caudaloso rayo.

¡Señor! ¡Señor! el suspirado instante
présago a tanto bien, rápido llegue;
y llegue venturoso.
En raudo giro el tiempo perezoso
sus canas plumas con vigor despliegue;
y en la anchurosa esfera rutilante,
con más premiosa espuela
aguije Febo su veloz cuadriga.
La que con luz amiga
en leve carro de luceros vuela,
dulce, pálida luna,
su faz inestable presurosa mude
las lentas horas pródiga acercando
al momento feliz en que salude
España su fortuna,
y la gran madre, de placer llorando,
al fruto de su amor en móvil cuna;
como embriagada de terneza el ave
trina y saluda su caliente nido,
y al hijuelo querido
las alas tiende con rumor süave.
Abre ¡oh Dios, el tesoro
de tu amor y tu fuerza; un gran portentoso
confirme tu alianza, y nuestro lloro
de gratitud se juntará al concepto
del vasto mundo y del celeste coro.

Así, de tus piedades instrumento,
dos veces redentora
la fama justa aclamará a Isabela;
empuña el cetro, y por la patria vela,
con blanda mano y generoso intento,
madre al par que señora;
y cuando amagas con mayor castigo,
un ángel mediador al pueblo ofrece
que a medio a la tormenta así parece
como a deshora, del piloto amigo
faro que alumbra en triste noche umbría,

y el náufrago bajel al puerto guía.

¡Oh grato anuncio! ¡Oh madre y precursora
del sol que va a nacer; cándida aurora
que al luminar del día
cubre de rosas la fulgente vía!
Duplicado su ser ¡oh cual la veo,
como el ángel de Isaac, poner la mano
que el cielo guía, de perdón armada,
entre el cadalso y el tremante reo;
del propio hogar el goce soberano
en ricas joyas por su amor dotada,
al milite volver; de la doncella
con el rubor más bella,
prevenir la nupcial dulce legada
con maternal solicitud; y flores,
del huérfano infeliz en el camino
esparcir a millares,
y al pobre, entre los suyos peregrino,
que vacila del hado a los rigores,
tornar benignos los paternos lares!

El fausto natalicio,
del pueblo y de los pobres gloriosa
fiesta será; del justo más amada
en su alegre bullicio,
que la de altos guerreros temerosa
pompa triunfante; Señor fiesta sagrada,
sin víctimas, sin llantos, sin despojos,
acepta siempre a tus divinos ojos.
Luzca, pues, Numen santo; el aire rompa
anunciándola al mundo, de la fama
el sonoro clarín; a la armonía
del ronco parche y del cañón, la trompa
una su acento que en valor inflama;
ensalzando tu nombre, al firmamento
la voz del pueblo suba; su alegría
en undívago son grato al oído
llegue hasta mí véloz en su carrera;
mire yo el voto universal cumplido,
feliz a España... y si te place muera,
Y en tu seno profundo recogido,
desde tu inmoble asiento
el curso vea sucederse lento
de la insondable eternidad; y en tanto
la corona, y blasón, y regio manto

conservar de Isabel la estirpe fuerte,
del tiempo vencedora y de la muerte.

SONETO

(Al nacimiento de la Princesa de Asturias)

¡La Reina es madre! Venturoso día
luce por fin en el Oriente hispano:
présago de salud, con hondo arcano
a Trono y Pueblo el Hacedor le envía,

Cesa la guerra; la Discordia impía
huye al profano; y del bifronte Jano
cerrado el templo, con augusta mano
la regia prole a la virtud nos guía.

Y la patria revive; árbitro y dueño
es de la tierra; y su blasón divino
brilla otra vez con inmortal hazaña.

Ángel querido, así al mirarte, el ceño
la suerte depondrá, y alto destino
de honor y gloria labrarás a España.

SONETO.

A. S. M. la reina doña Isabel II

(Con ocasión de su nueva salida al Templo de Atocha, ya restablecida su importante salud)

Vierte tu sangre con furor insano
horrendo crimen; y al trocar la tierra
fecundiza tu sangre cuanto encierra
de sublime y de heroico el pueblo hispano.

Te protege el Señor; por él, en vano
tu cuna de oro contrastó la guerra;
y del puñal, que a tu valor no aterra,
más grande y bella te guardó su mano.

Así tras noche tenebrosa y fría
al sol más puro en el rosado Oriente
con acrecido amor saluda el hombre;

Y la belleza al contemplar del día,
del sumo Dios con pasmo reverente
saluda humilde el infernal nombre.

A. S. M. la reina doña Isabel II

(Con ocasión del monumento que ha dispuesto se erija a expensas de su Real Patrimonio en honor de la memoria de su funto tutor don Agustín Argüelles)

Oda

Si pueden estas honras y otras
recompensar en algo beneficio,
a humana recompensa desiguales.

—Luis Barahona de Soto: *Elegía a la muerte de Garcilaso*.

Cantemos el gran día
consagrado a la gloria de altos hechos
que en alas de tu voz al cielo sube
cual voladora nube
Reina de España, y en los nobles pechos,
Ardor enciende que al empíreo guía.
El canto heroico los espacios llene
con métrica armonía;
alígero, tronante, el aire rompa;
las almas de los justos enajene
y de lira pindárica al sonido
en la circense pompa
combata y venza de laurel ceñido.

¡Rosa de la hermosura coronada!
De las tres rosas que la tierra admira
bajo el regio dosel, la más hermosa!
Al eco augusto de tu voz amada
que en las lúgubres bóvedas retumba,
fúlgida llama súbito aparece
de alto varón sobre la egregia tumba.
¡Padre, prorrumpe, y la llama crece,

sobre sí misma en espirales gira!
Fulgura, se transforma;
y cual fantasma que del Noto al vuelo
de vapor y de luz nace en el cielo
del padre de tu amor viste la forma.

Con hórrido crujir hecha pedazos
fuerza invisible la marmórea losa
lanza a tus pies. En los ebúrneos brazos
al anciano recibes amorosa,
y al gran fragor confuso se levanta
en tristes sombras que la luz espanta
el pueblo de la muerte; cual si oyera
de Josafat la trompa lastimera
y de llantos, profundos,
en aquel día de terrores lleno
en que el rugir del trueno
Dios a la nada volverá los mundos.

¡Subir también quisieran, tristes sombras
de la inmortalidad al claro día
desde la noche del sepulcro fría!
Ora, sobre cenizas por alfombras,
y sin rumor, calladas,
al pasar te saluden y la gloria
y al pie, de sus sepulcros colocados,
envidian del que llevas
y sobre todos y hasta el trono elevas,
heraldo de la historia,
al templo de la luz y la memoria.

Y llegas. Del alcázar diamantino
las eternadas puertas a tu acento
sobre el áureo quicial giran sonoras,
y paso dan al que tu mano guía
de la tumba al altar. El matutino
dedo rosado de la aurora amante,
así el gran poder de luz del día
en el mar de Occidente sepultado,
los encendidos atrios de oriente
abre con faz riante;
y el astro majestuoso, arebatado,
a torrentes su lumbre
vierte a la esfera en la fulgente cumbre.

Y al pie del monumento sacrosanto

de su gloria y tu gloria, yo le veo
en los pliegues envuelto de tu mano.
La corona real es su trofeo
en la sien irradiante colocada
por su reina y su hija ¡Oh gran matrona!
¿cuándo hazaña mejor de ibera gente
premiará tu corona
de perlas esmaltada?
Cíñela, sí, a su frente
y a sus cabellos canos;
que allí de honor hay fuente,
y más brillante volverá a tus manos.

«Escuchemos; él habla; así te dice:
¡dulce paloma cuyo blando nido
en furiosa tormenta quemó el rayo!
¡oh paloma infelice!
¿nunca, nunca florido
en tu pensil ameno será el mayo?
Huracanes violentos
sobre tu cuna de marfil bramaron;
tus ojos ¡ay! lloraron
al padre muerto y a la madre ausente;
a mi cansado párpado agolparon
tus flébiles acentos
do antiguo llanto la agostada fuente.

«Cual ora yo en tus brazos
tú en mis brazos yacías ¡oh cuán bella!
Así ceñida de fulgentes lazos
reclínase en el mar cándida estrella.

Flor de la mar has sido;
el cáliz puro en el azul sereno
alguna vez del céfiro mecido;
y otra vez ¡ay! al restallar del trueno
en las ondas revueltas sumergido.

Flor de la mar a quien en dulce cuna
de padre di el escudo
y de madre el amor, contra huracanes
del piélago del mundo borrascoso!
¿por qué conmigo mudo
el purpurino labio triste sellas?
¡en el rostro las huellas
de profunda amargura!...

¡Los rugosos afanes
marchitando inclementes los colores
de la tez peregrinas!...
¡trocadas en espinas
de corona nupcial las blancas flores!...
¡Esposa sin esposo;
en malhadadas horas
infante, adolescente, joven lloras!
Y de reina y de esposa al áureo manto
¿también mojado en llanto?

¡De tu pueblo y de ti Dios, con su diestra,
su piedad y sus ángeles retira,
y a tu pueblo y a ti tan solo muestra
su faz candente fulgurando en ira?

¡Oh nada temas, que si Dios no esconde
sus lábaros de fuego impenetrables
a las almas felices, ora veo
cuantos a ti, Isabel, y a tus Españas
prepara lauros y dispone hazañas
el rey de las piedades,
que a tu clamor tristísimo responde,
y en premio de tu fe sumo trofeo
de ventura y de gloria te destina...
¡Escucha, escucha! en el futuro giro
de los tiempos, divina
simbólica sentencia escrita miro
en plancha diamantina.

Entre dos grandes soles
sin ocaso ni oriente,
con manto imperatorio una matrona,
lucero matutino entre arreboles,
yace en solio fulgente
de mil coronas hecha una corona
llameante descuella.
Los vastos hemisferios
con heroica apostura y gracias huella.
Sus garras dos leones
sobre tierras e imperios
rugiendo tienden y los ojos giran.
Absortas las naciones
Obedecen y admiran.

¡Escucha, escucha!... a su derecha mano

reina sublime, con semblante ufano
otra matrona está fulgente y bella,
de grandeza y valor alto conjunto.
A la siniestra tú, dulce trasunto
de cuanto brilla y resplandece en ella,
de cuanto en ella reverencia el hombre;
ella tu nombre tiene; tú su nombre.

Y en torno a ti de príncipes y reyes
prole fecunda y generosa admiro,
que al mundo dará leyes
y al planeta de España eterno giro
por cuanto abarca el cielo
en raudo, esplendoroso y firme vuelo.
¡Hija de mi adopción, oh reina mía!
¡Cuánto de luz te cerca y de alegría!
El alma, absorta, se arrebata, y leda...
Adiós, adiós... ya la visión se aparta...
Adiós, adiós, te queda;
que de ti nunca la virtud se parte.
Yo velaré en tu suerte;
para el justo no hay muerte;
incorruptible palma
da el mundo a su memoria, el cielo al alma».

Así dice la sombra de alto ejemplo
y en humo se deshace y desvanece
entre el furor del encendido templo.
Lampo de pura luz cruza la esfera,
y brilla, y desaparece;
y el augurio aceptando se estremece
de gozo el suelo hispano;
y en su bizarra juventud guerrera
el espíritu heroico castellano
a tu soplo revive ¡Oh Dios potente!
de toda luz y toda gloria fuente.

Rompa, en tanto, el vecino, el apartado
aire, y traspase el monte, y llegue al cielo
el canto de tu gloria,
la gloria de tu gloria;
y ¡oh Reina pía, tu filial victoria!
mientras durare el mundo al mundo asombre.

A LA ISLA DE CUBA

(Con motivo del huracán de de octubre de . Dedicada a don Manuel Cañete)

Movió el Señor su fúlgida
corona de centellas,
y viste al punto, atónita,
velarse las estrellas;
y oíste el hondo piélagos
frenético mugir.

Y de sus negros cóncavos
los vientos desatados,
en ráfagas alígeras,
plegar despiadados
troncos, naves, alcázares,
con hórrido crujir.

Temblaste, reina, al súbito
romper del mar y el viento
sobre tus playas fértiles,
y al alto firmamento
la súplica del náufrago
tu miedo levantó.

Solo en los labios férvida,
mas no en los corazones:
mezclado ruego efímero
de ovejas y leones:
agravio de los números
que al cielo no alcanzó.

Y vives, porque el último
instante no ha sonado
en que a la pena insólita
iguales tu pecado;
y amontonando crímenes
en la balanza estás.

¿No ves ya las flores
rayos de la venganza
que en su rigor terrífico
el sumo Juez te lanza?
«Reina de esclavos míseros»
su esclava, al fin, serás.

Tus campos hoy tan cálidos
por negros fecundados,
verán cuellos purpúreos;
uncirse a los arados;
y el retorcido látigo
su espalda cruzará.

No más hijos de África
darán a tu tesoro
de sangre, inmenso cúmulo
comprado a precio de oro.
La tuya para el bárbaro
de riego servirá.

¡Ay de las castas vírgenes
con tez de lirio y rosa!
¡Ay de tu seno cándido,
vestal de Cuba hermosa,
sangriento será el tálamo,
y negro el fruto hará!

Ya escucho el canto etiópico
que libertad proclama
con ronco acento lúgubre
de tu incendio a la llama;
y veo sobre un túmulo
danzando al siervo audaz.

Es el tuyo ¡oh magnífico!
alcázar de palmares
al pie sus ondas turbidas
arrastra el Almendares
y en sus murmurios flébiles
tu bien llora fugaz.

En tanto de los trópicos
el rey de la alta cumbre
sobre tu campo espléndido
vertió ledo su lumbre,
al ver tus ruinas tétricas
encubre la ígnea faz.

Tiznada en los marmóreos
anales de la historia,
será tu suerte mísera
espanto a la memoria,

y a las libres Américas
durísimo baldón.

¡Digno fin a tus páginas!
De esclava fue tu cuna
tu vida, yugo férreo
de estólida fortuna.
Tendrás sobre tu féretro
infamia por blasón.

Tiempo es ya; del mortífero
ensueño te despierta
que glorias finge pérfidas.
Ya miro la gran puerta
segura que el Atlántico
benigno te abrirá.

Rompe con brazo enérgico
del siervo la cadena:
con tu piedad, el hórrido
rencor de siervo enfrenta;
y, reina del Atlántico,
por siglos brillarás.

FIN